

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

10 números decenales 0,50 de peseta
20 » » » 1 »
y así sucesivamente.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

PAGO ADELANTADO

RELIGION



PATRIA

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería «La Escolar», Corrida 73, y en el comercio «La Epoca» San Bernardo 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

EL SARGENTO OREMUS

Los que pertenecíamos á su regimiento sabíamos que su nombre era Catel; pero le conocíamos por el sargento *Oremus*, y este nombre le dábamos.

Era un viejo soldado, con sendos bigotes, un soldado de los que se veían en pasados tiempos, en aquella época en que las medallas de Crimea, de Italia y de China brillaban sobre los capotes azules.

Valiente, bueno y brusco, el sargento poseía las cualidades y los defectos de su estado.

Trabajaba durante el día, cumplía estrictamente con sus deberes, y tanto en el cuartel como en el campo de batalla jamás se acostó sin antes arrodillarse y rezar una corta plegaria que duraba dos minutos.

Esta conducta edificaba á sus compañeros de armas.

Esclavo de la disciplina militar, observaba las obligaciones propias de su cargo, y esto le valió el afecto y la consideración de sus superiores.

Se le llamaba el sargento *Oremus* á causa de las preces que rezaba por la mañana y por la noche, sin que durante estos actos hiciera el menor caso de las bromas que con él se permitían algunos de sus camaradas.

El coronel de la fuerza, un día que estaba de buen humor, entabló con el sargento este diálogo:

—Me han dicho, sargento Catel, que sois muy devoto.

—Estáis en un error, mi coronel. ¡Quisiera serlo, pero no sé!....

—Lo cierto es que rezáis vuestras oraciones cuando os levantáis y al acostaros.

—Es verdad, yo no creo que con ello falte á la ordenanza.

—¿Y no os importa que vuestros compañeros se fijen en esa conducta?

—Ni me interesa ni les hago caso.

—¿Por qué?

—Sin duda, mi coronel, no habrá oído hablar de un tal Bayard, un perfecto caballero.

—No. Vos me explicaréis....

—Pues este tal Bayard, coronel en otros tiempos y que salió victorioso en muchas batallas, murió exclamando: «¡Jesús, Dios mío, tomad mi alma!» Si esta fué su plegaria, yo puedo rezar las mías.

—¡Está muy bien, sargento Catel! ¡Está muy bien!

El coronel se alejó sonriendo y contó lo sucedido al general, mientras estaba comiendo con los oficiales de su brigada.

Buena persona era el general, pero algo frívolo, y un día que visitaba el cuartel encontró en el patio con el sargento *Oremus* y le habló de lo mismo que el coronel.

El sargento le contestó en los términos antes expresados, pero se calló lo de Bayard, y cuando el general le preguntó por qué rezaba, díjole el sargento:

—Mi padre era un bravo marino que vivía en Berg-Meil, en la costa de Bretagne. Un día se hizo á la mar con su barco de pesca y le sorprendió una fuerte tormenta.

Viéndose perdido (me acuerdo de ello porque yo le acompañaba), se arrodilló, y, elevando sus brazos al cielo, exclamó: «¡Señor, tened piedad de mí! ¡Esta embarcación es pequeña y vuestro mar es muy grande!» De esto deduje que la plegaria es buena, y como el hombre tiene en la vida su perdición, por este motivo rezo.

—¡Conforme, Catel, conforme!

Llegó un día en que *Oremus* cayó enfermo, se trasladó al hospital en vista de que la dolencia adquiría gravedad.

Por favor especial se le concedió un cuarto para él solo y se acostó sin soltar la pipa, que solo abandonaba cuando la ordenanza le obligaba á ello.

El Prelado de la diócesis, al regreso de su visita pastoral, fué á visitar el Hospital, y entrando en el gabinete

te del sargento *Oremus* se sentó á la cabecera de la cama que éste ocupaba.

—Amigo mío, no estáis muy enfermo—le dijo el Prelado para animarlo—, y pronto luciréis de nuevo vuestros galones... porque me han dicho que sois sargento.

—Sí, señor Obispo, soy el sargento Catel, de la segunda compañía, primer batallón del 167º de infantería de línea... Pero en cuanto á vestir otra vez mi capote, esto ¡ni soñarlo! Abrigo el presentimiento de que Dios me llama á su lado, y que en este mundo poco me resta que hacer.

—¡No! ¡No! Debéis pensar en el retiro; no estáis grave...

—Tengo derecho al retiro, señor Obispo.

—¿De veras?

—Llevo veinte años de servicio, y cuento cuarenta de edad.

—¿Rezáis mucho, sargento Catel?

—Sí, mucho. Se lo prometí á mi madre al marchar á las filas.

—¿Qué le dices á Dios, amigo mío?

—Una plegaria muy corta y muy buena. No me queda tiempo para más.

—¿Acaso el *Padre Nuestro*?

—Esta oración la rezo los domingos durante la Misa.

—¿Y los demás días?

—Los días restantes, digo al levantarme: «Dios mío, vuestro servidor se levanta, tened piedad de él», y al acostarme: «Dios mío vuestro servidor se acuesta, tened piedad de él.»

El bondadoso Prelado derramó dos lágrimas, abrazó al veterano soldado y quiso asistirle en los últimos momentos cerrando los ojos del militar.

Cuando el señor Obispo hubo recogido el postrer suspiro del sargento *Oremus*, volvióse hacia los que presenciaban tan conmovedora escena, y emocionado les dijo:

—Señores, era un perfecto cristiano...

T. DE P. M.

Interesa á todos

Firme siempre en sus propósitos EL AMIGO DEL POBRE de ser amigo de verdad, esto es leal y benéfico, no se considera satisfecho en tanto no haga más que ser un portavoz de la buena Doctrina, pues desea también, en lo que pueda y su influencia valga, aliviar la situación de pobreza vergonzante en que gimen muchas familias de obreros honrados, por no ganar lo indispensable para sus necesidades, ó por estar sin trabajo, hoy que es mayor la oferta que la demanda.

Ya habreis leído, queridos lectores, lo que respecto de este particular dijimos es el número anterior.

Claro es que con los ingresos por suscripciones al periódico no podemos dar gusto á nuestros deseos, por cuanto todo es poco para satisfacer los crecidos gastos de la publicación. Al principio si, hicimos algo en este sentido, cuando las circunstancias nos eran más favorables; puntualidad en los pagos de suscripción, donativos, etcétera etcétera, y á los señores párrocos de esta localidad acudimos con algun socorro para los necesitados de sus respectivas jurisdicciones, más hoy este *algo* queremos dejarlo con caracter de permanente si nuestros abonados y demás favorecedores ven bien el proyecto que vamos á detallar.

La mitad de la cuarta plana de EL AMIGO DEL POBRE se destinará desde 1.º de Enero próximo á anuncios, más, sin que con esta variación la cantidad de lectura de propaganda disminuya cosa que de notarse sea, pues irá la letra acondicionada.

Con el producto mensual de estos anuncios podremos atender debidamente al exceso de gastos y el resto se invertirá en dos **libretas de las Cajas de Ahorros** del Monte de Piedad y Banco de Castilla, ambas entidades suscriptoras nuestras.

Todos los años, en la proximidad de las Navidades, estas libretas que, si el cupo de anuncios se cubre desde luego y los pagos se efectúan con puntualidad para que los intereses de las imposiciones no sufran mengua, habrán de pasar de **75 pesetas** cada una, se sortearán, mediante los requisitos de seguridad y equidad que en su día exponeremos, entre aquellas familias pobres propuestas por nuestros suscriptores y anunciantes de aquí y de fuera.

¡Qué Navidades más consoladoras en los hogares favorecidos!

Si con los ingresos pudiésemos establecer más de dos libretas, mejor. Cuantos más beneficios podamos distribuir más se alegrará nuestro corazón.

¡Señores anunciantes, (entre nuestros suscriptores tenemos muchos), no se os pide sólo el apoyo á esta empresa caritativa, va con ello también vuestro interés particular! Tened en cuenta que EL AMIGO DEL POBRE es

leído en muchísimos pueblos de España y de América, que con él se hacen bastantes repartos gratuitos por las calles de Gijón, de Oviedo y de otras provincias. No olvideis que su tirada ordinaria es de 21.000 números al mes (tres tiradas de 7.000 números cada una) que se os ofrecen por una insignificante cantidad además del bien á que cooperáis y que dicho queda.

Cada anuncio ocupará poco más menos el siguiente espacio y

Su precio será de *5 pesetas* al mes; de *4 pesetas* pagando por años.

siempre adelantado para evitar los contratiempos y perjuicios que cualquiera puede comprender.

Quien desee abonar algo más, teniendo en cuenta el fin principal de esta *sección anunciadora*, sepa que el exceso de abono se invertirá íntegro en las libretas de que hemos hablado, ó se crearán más, si fuese preciso.

A lo dicho nada nos queda que añadir. Ahora nuestros favorecedores de Gijón y provincias, responderán lo más pronto que puedan, es favor, para ir ordenando y componiendo las notas.

Un toquecito más para terminar; sentimos darlo, pero es forzoso.

Sin duda por olvido, otra cosa no podemos creer de los amantes de la Buena Prensa, algunos de nuestros suscriptores andan algo retrasados en el pago á esta Administración. Mucho les agradeceríamos que durante el presentemes, se pusieran al corriente, ya que nosotros hemos procurado siempre servir los números pedidos con toda puntualidad.

No queremos molestar más; acuérdense los morosos que todo cuesta dinero y que si nos lo escatiman tendremos, con pena, que disminuir la propaganda cuando lo que hace falta es que aumente, ya que la mala trabaja y se extiende que es un dolor.

El concepto de Patria

Nada menos que el impío Rochefort, director de *L'Intransigeant* ha escrito á un compañero suyo de profesión esto que vamos á copiar:

«Mi querido compañero: Enseñar á los niños á aborrecer á su Patria es como si les enseñasen á aborrecer á su madre. Aunque usted haya escrito contra los maestros que atiborran el cerebro de sus discípulos de interesados prejuicios, esté seguro de la estimación y simpatía de los que creen todavía en el porvenir de Francia y que no toleran que se clave su bandera en la basura de un muladar.

Embrutecer así el corazón y la conciencia del niño es como embrutecer todo el niño. Hay sevicias del orden moral más criminales que los castigos del cuerpo.»

Las cuentas del Gran Capitán

Cada paso del Gran Capitán, don Gonzalo de Córdoba, fué un asalto, y cada asalto, una victoria; su sepulcro, en el convento de los Jerónimos, de Granada, fué adornado con doscientas banderas conquistadas por él. Sus émulos, envidiosos—y en particular el tesorero del reino de Nápoles,—indujeron al rey á pedir cuenta á Gonzalo del uso que había hecho de las grandes sumas recibidas de España para los gastos de guerra en Italia; y, en efecto, el rey fué tan mezquino que consintió y aun asistió al acto de la conferencia. Gonzalo acogió aquella pregunta con altísimo desprecio y se propuso dar una lección severa al tesorero y al rey acerca del modo de tratar y considerar á un conquistador de reinos. Respondió con grande indiferencia y serenidad que tendria preparadas las cuentas para el día siguiente y haría ver quién de los dos era el deudor, si él ó el Erario, el cual reclamaba 400.000 ducados remitidos por la primera remesa, 80 mil escudos por la segunda, 3 millones por la tercera, 11 millones por la cuarta, 13 millones, por la quinta; y así seguía contando el grave gangoso, y tonto secretario que autorizaba acto tan importante.

El gran Gonzalo cumplió su palabra: se presentó á la segunda audiencia y, sacando el voluminoso libro en el que había anotado su justificación, empezó á leer en voz alta y sonora las siguientes palabras:

Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados nueve reales á los frailes, á las monjas y á los pobres á fin de que rogaran á Dios por el triunfo de las armas españolas.

Cien millones en picos, palas y azadones.

Cien mil ducados en pólvora y balas.

Diez mil ducados en guantes perfumados para preservar á los soldados del hedor de los cadáveres de los enemigos tendidos sobre el campo de batalla.

Ciento setenta mil ducados para componer campanas rotas del continuo repicar por nuevas victorias alcanzadas sobre los enemigos.

Cincuenta mil ducados en aguardiente para los soldados, en un día de batalla.

Millón y medio de ducados para mantener prisioneros y heridos.

Un millón en misas de acción de gracias y «Te Deum» al Omnipotente.

Trescientos millones en sufragios por los muertos.

Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías; y...

Cien millones por la paciencia que he tenido ayer, al oír que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino».

Estas son las célebres Cuentas del Gran Capitán, cuyos originales están en poder del conde de Altamiro. Una de las cuentas originales, con la firma autógrafa del Gran Capitán, existe en el Museo Militar de Londres.

Esas son ellas, ¡miserables!

Entro en la sala de un Hospital y veo una mujer limpisima, de aspecto humilde y satisfecha, que se entretenía en desocupar de inmundicias un recipiente grande lleno de pus, gasas sanguinolentas y algodones fétidos y repugnantes.

Aún á los profesionales, dedicados por completo al estudio y examen continuo de enfermos, horrorizaría la sola idea de tener que revolver aquello para dejar la vasija nuevamente utilizable

Y sin embargo, al preguntarla yo qué retribución percibía por aquel trabajo indigno y asquerosísimo, me contesta un tanto escandalizada:

—¿Por ventura hago yo esto por un mísero sueldo que desprecio? ¿Qué concepto ha formado usted del hábito que visto? Lo hago por Dios y por los pobres; á ellos me debo y por ellos me sacrifico.

—Pero, hermana, si nadie se lo agradece.

—Me lo agradecerá Dios y me considero más que pagada.

—¿Pero si á pesar, de ello aún las persiguen y las injurian.

—¿Y qué me importan esas persecuciones y esas injurias si he sacrificado mi independencia y en el sacrificio he hallado mi libertad? Si de aquí nos echan, los enfermos de otras partes nos recibirán

—¡Hermoso temple de ánimo! hermana; pero vea que ése oficio no la compete, ese es oficio de los empleados de casa.

—Muy bien, pero los empleados de la casa perciben seis reales diarios para sostener un hogar y su familia; durante todo el día sólo tienen breves momentos de reposo y justo es que nosotras les aliviemos algo.

—Admiro su nobleza y maldigo á los miserables que las odian.

—Calle usted, joven, aquí no hay nada más que admirar que el olvido en que se tiene la caridad cristiana y nada más que maldecir que el egoísmo y la ambición que se han apoderado de nuestra sociedad.

Aquí llegábamos en nuestra conversación, cuando los lastimeros ayes de un enfermo llevan á mi interlocutora á la cabecera del paciente.

Llegar y percibir las fuertes salpicaduras de un vómito rápido y abundante, fué obra de pocos instantes.

A pesar del molesto percance, allí permaneció aquella mujer de hercúleo espíritu, y cuando ya risueña y placentera, sin exhalar un suspiro ni una queja, sin que su cara demostrara molestia ni repugnancia, se retiraba á limpiar las manchas recibidas, por todo agradecimiento á su heroísmo sin recompensa terrena, oía estas palabras del enfermo que la manchaba.

—Estas monjas... estas beatas... estas farsantes... estas hipócritas... ¡malditas sean!

Así, helada, fría, implacable, horrible es la realidad, que constantemente se contempla.

Y esas mujeres admirables, esas mujeres sin ejemplo, esas mujeres de alma grande, son las que han expulsado de Francia y son las que se quiere con el tiempo, expulsar de España.

¡Qué poco vale la vida si con ella se ha de lavar tanta infamia!

Juan Bermúdez Bernardo

La Bandera Española

¡Gloria á tí, Pabellón de Castilla,
Más brillante que el disco del Sol!
Quien no doble ante tí la rodilla
No ha nacido cortés ni español.

Tú eres España: que eres Galicia, con sus verdoros;
Y eres Valencia, con sus naranjos y limoneros;
Y eres Navarra, con sus peñascos y ventisqueros;
Y eres de Murcia la fértil Huerta, jarrón de flores.
Y eres los puertos del viejo Cádiz, con sus salinas;
Y eres la Mancha, con sus hidalgos y sus solares,
Y Extremadura, que tiene á gala sus encinares,
Y la Alpujarra, que escala el cielo con sus colinas.

Tú eres Cantabria, del mar soberbio dominadora;
Tú eres Asturias, plantel fecundo de paladines;
Tú eres Granada, la de palacios y de jardines
Por los que el moro, tras lueños siglos, suspira y llora.
Y ambas Castillas, de rubias mieses tranquilos mares,
Y Cataluña, de hombres de acero, potente y rica;
Tú eres el Ebro, do se retrata la Pilarica:
Tú eres el Betis, que riega vides entre olivares.

En esos pliegues, de sangre y oro fulgido mote,
Vive la historia del pueblo hispano recopilada:
Tú eres Teresa, de amor divino transverberada:
Tú eres Cervantes, pasmando el mundo con su Quijote.
Y eres Rodrigo, con su tizona del moro espanto;
Y eres Colombo, trocando joyas por carabelas;
Y eres la veste de que se ciñen las Isabelas,
Como en los pliegues esplendorosos de regio manto.
Y eres Herrera, con la elegancia de sus cinceles;
Y eres Pizarro, con sus empresas, dignas de Homero;
Y Austria el Glorioso, con su invencible tajante acero,
Y eres Velázquez, con los prodigios de sus pinceles.
Y eres Alfonso, Ramiro, Jaime, Fernán, Pelayo...
Y eres las Navas, y eres Otumba y eres Pavía,
Y eres Numancia, Clavijo, Breda... ¡y en solo un día
La nueva Troya de la epopeya de Dos de Mayo!
Tú eres el habla. Lenguas de santos y capitanes:
Raudal de perlas limpio y sonoro, que se desata
Por superficie tersa y bruñida de rica plata,
Con sus modismos, sus locuciones y sus refranes.
Tú eres la lengua, rica de giros fecunda en voces,
Que fué á otros mundos, salvando mares, venciendo
(reyes,
De zona en zona, domando pueblos, dictando leyes
Y almas ganando para la patria de eternos goces.

Pícaro y grácil, si la manejan los Espineles,
En los Fray Juanes, Malou y Estella, santa y divina
Y halagadora como un requiebro, cuando Cetina
Nos canta en ella sus madrigales de himetas mieles.
Gentil en Lope, gallarda en Tirso, severa en Melo;
Sobria en Herrera, y en Garcilaso limpia y galana;
Bronce en Ercilla, oro en Quevedo, fuego en Quintana,
Y en Argensolas y ambos Luises arpa del Cielo.

Tú eres... el alma, que eres las dichas y los dolores:
Que eres la verja de la capilla del baptisterio
Y eres la sombra de los cipreses del cementerio
Do nos aguardan, durmiendo en Cristo nuestros ma-
(yores.

Y eres el pueblo, con el sagrado de sus hogares,
Y eres el campo, con sus alcores y sus llanuras,
Y eres la novia, con sus promesas y sus ternuras,
Y eres la ronda, con sus guitarras y sus cantares:
Y eres el barrio, con sus leyendas y tradiciones,
Y eres ermita de la Patrona, con sus exvotos,
La romería, con sus danzantes y sus devotos,
Sus tamboriles, sus simpecados y sus pendones.
Y eres el héroe de la familia, con sus hazañas;
Y eres el padre, con sus afanes y sus sudores,
Y eres la madre, con los deliquios de sus amores;
Y eres... los hijos, vivos pedazos de las entrañas.

¡Gloria pues, Pabellón de Castilla
Más brillante que el disco del sol!
Quien no doble ante tí la rodilla
No ha nacido cortés ni español

JUAN F. MUÑOZ PABON

MISCELÁNEA

Durante unas maniobras militares, un corneta se colocó detrás de un general, notable por su extraordinaria gordura.

—¿Qué hace usted que me sigue sin cesar?

—Mí general, me han dicho que no deje de seguir al grueso del ejército.

¡SIEMPRE VENCEDOR!

En uno de los bancos más apartados del paseo estaban sentados, conversando animadamente, un militar graduado y un conocido agitador socialista. Por las trazas no parecía llevar la mejor parte el socialista, pues el militar le replicaba valientemente. ¡Quién pudiera oír lo que hablaban y hasta intervenir en la contienda, porque de seguro se trataba en el paisano, con su risita traidora y ademanes *amistosos*, de inducir á la rebelion al defensor de la Patria, argumentándole para ello con peregrinas teorías y falaces doctrinas y prometiéndole á cambio de su delito lo que la serpiente en el paraíso prometió á nuestros primeros padres, para perderlos.

De algun tiempo á esta parte la propaganda antimilitarista, antipatriótica ha tomado caracteres alarmantes; hasta en los mismos cuarteles llevan su atrevimiento con hojas infamantes esos eternos enemigos del orden social. ¡Qué más quisieran ellos que malear á nuestro bravo é insobornable ejército, para que, desaparecida con él la segura garantía del orden y de la integridad del territorio, el desenfreno cundiese, la barbarie imperase, la ruina de lo existente fuese un hecho. No lo conseguirán por mas que hagan esos instigadores del asesinato, esos partidos avanzados cuya historia no es la de los hombres honrados.

Demagogia y españolismo son anti-téticos. Socialismo y militarismo jamás llegarán á entenderse.

El simpático militar se levanta de pronto en actitud gallarda en tanto que el socialista queda como avergonzado, sin atreverse á mirar de frente. Vuelve la polémica á tomar tonos violentos; algunos curiosos se atreven á acercarse... me acerco yo también.

—¡Eso es una vil calumnia, una infamia! La Patria es algo muy sagrado despues de Dios. ¡Dios, Patria, Familia! Quien en su pecho no sienta con viveza latir estos tres amores, quien no esté pronto á sacrificarse por ellos, es un degenerado, un ruin, no merece alternar con los hombres honrados; no debiendo por tanto consentirsele ni un momento más habitar este pais cuna de las más grandes epopeyas en defensa de la Religión y de la Patria.

—¡Calmaos, militar, calmaos! no tomeis las cosas con tanto fuego; despues de todo las ideas que acabais de verter no pasan de ser romanticismos que...

—¡Callad y no blasfemeis, que no sabré contenerme! Estos romanticismos que usted desprecia han sido los que á mi patria han cubierto de gloria, los que han hecho nobles, dignos de la inmortalidad á tantos y tantos como los han abrazado, mientras que

vuestras doctrinas positivistas no han traído jamás otras cosas que destrucción, vergüenzas y desastres. Entendeis?

—Rendis culto al mito. ¡Ja, ja, ja! Pero, escuchad, yo no iba tan allá; respeto sus ideas aunque las juzgue equivocadas, yo lo que quiero decirle es que nosotros los socialistas avanzados que rendimos homenaje á la fraternidad universal, que todo el mundo consideramos patria....

—¡Vosotros culto á la fraternidad universal... ¡farsantes! y no trabajais sino en sembrar odios, en fomentar la lucha de clases, en ensalzar el atropello y el crimen si éste os trae utilidad, en negar el derecho á la vida á quien no piense como vosotros!...

Os conozco perfectamente. Antes de seguir yo la honrosa profesion de las armas era todo vuestro, y por serlo vivía esclavo de vuestras tiranías é infeliz. No reconocía Dios ni amo y por estar en oposicion con todo hasta lo estaba con mi propia existencia que en mas de una ocasion quise destruir.

Pero llegó la hora, ¡feliz hora!, que el servicio de las armas me reclamó y al poco tiempo la Patria para su defensa en los campos africanos.

¡Qué libro tan hermoso, la guerra, para conocer lo que es amor pátrio!

Alli en aquellos lugares plagados de crueles enemigos é insultadores á la gloriosa enseña que en día memorable juramos defender hasta verter la última gota de nuestra sangre, no hay traidores, cualidad repugnante siempre aun para vosotros mismos, no puede haberlos, es más, no hay apáticos, ni cobardes, hay solo españoles, esto es hombres decididos, valientes, imposible de ser vencidos. Me senti el más patriota entre los patriotas, yo el socialista de antes, cortado por vuestros patronos; y qué ruines de alma me parecisteis entonces, entre el fragor de la batalla, los vivas á España y las músicas militares, vosotros mis maestros en el arte de odiar todo lo existente.

Hay mas todavía, no trateis de marcharos; nuestros jefes, nuestros generales no hacian como vosotros que empujais á la lucha guardando el bulto, ellos eran los primeros en acometer, nos daban ejemplo de valor y patriotismo, y muchos perdían sus vidas gritando ¡viva España! ¡adelante, hijos míos! y los soldados abrazaban á sus queridos jefes que caían, jurando vengarles, y avanzando... si, miradme bien, lloro de pensar que una patria que tanto vale y que tan digna es de nuestro cariño porque es noble, grande y santa, tenga hijos malvados y traidores, que quieran perderla y hacerla esclava del extranjero.....

No se, no se si tomaros como un malvado ó como un demente. A vuestros años debierais raciocinar mejor.

—Precisamente porque yo soy la experiencia y vos la irreflexiva juventud, quiero preveniros contra es-

ta política nefasta que abusa de vuestro servilismo.

—Nada tengo que ver con esos políticos, ni con esas chismografías de partido, ni con esas sublevaciones; allá ellos, si cumplen mal; en su día rendirán cuentas como todos; yo debo concretarme á obedecer á mis jefes que en el mero hecho de estar siempre dispuestos á dar sus vidas por la patria, nada han de mandarme contra ella, y más todavia, me obliga un juramento sagrado ante la bandera, guardada por mis jefes y por el sacerdote, para que yo jamás, oidlo bien, jamás falte á lo que libremente prometí. He dicho. Adios, y tened cuidado con vuestras propagandas.

El bravo y digno militar se alejó despacio y triunfador hacia el cuartel; el socialista revolucionario se deslizó seguido de algunos de sus incondicionales, con el silencio del criminal derrotado.

Yo me quedé pensando en aquella gran verdad del célebre Napoleón: «El soldado español es bravo, alegre y fiel á su patria como pocos. Con él yo conquistaria el mundo entero.

J. O. F.

¿Dónde está el instinto de conservación?

No hace muchos días presentáronse en el Senado dos humildes religiosos con motivo de una información política. Eran dos Misioneros Hijos del Corazón de Maria cuya vida deslízase lejos de la madre patria, aunque en la patria misma: en las posesiones españolas de Fernando Poo y sus dependencias.

Marchó á aquella isla una representación de este Instituto religioso en el año 1882 para civilizar á los salvajes haciéndolos buenos católicos y buenos españoles, útiles á la patria.

Han transcurrido 28 años y al cabo de ellos ofrecen al Estado español, impotente en aquella fecha para realizar tal obra de civilización como impotente fue para conservar las colonias americanas, asiáticas y oceánicas, una posesión civilizada y amante de España, enriquecida por los pueblos que se han creado, por el fomento de la industria y el comercio, conservada en toda su integridad á pesar de los ataques que intentaron algunas naciones extranjeras.

¿Cómo se ha hecho el milagro? Con el sacrificio, muriendo como han muerto por amor á la idea patriótica 120 misioneros, buceando en el alma de los indígenas para sustituir con amor, las celdas que las pasiones selváticas llenaban; viviendo para ellos á fin de que después ellos vivan para la patria, haciendo que se amasen y no fomentando en sus almas muertas los celos, las pasiones, los odios y las venganzas.

En nuestras posesiones de Cuba y Filipinas dejamos imperar á la masonería y que se calumniase al Fraile y perdimos con desprestigio Cuba y Filipinas.

Sin que esto haya servido de escarmiento, hoy tenemos metidos en nuestra misma nación á aquellos que laboraron en contra de la patria y con ellos todos los que ondean como bandera la amenaza, los que esgrimen como arma de combate la excitación al atentado, aplaudiendo sino expresa tácitamente al menos, la de los anarquistas....

¿Quiénes, pues, son más dignos de la ley del candado, de la expulsión del territorio, los frailes que hacen patria de verdad ó los que como los masones y anarquizantes la van destruyendo poco á poco?

La respuesta no es dudosa.—A. ARMENTA

Amar á los soldados es amarnos á nosotros

«Entiendo, decía el General Arizón, en la pasada guerra del Rif, que todos los aquí presentes representáis á España».

Así es. No sólo representan á España, sino que son España, somos nosotros, todos los que formamos este pueblo, que perseguido allí lucha allí con los que allí se han puesto al rededor de nuestra bandera á defender nuestra patria.

Y por eso así como ellos allí nos representan á nosotros y sufren y luchan por nosotros, nosotros ahora y siempre debemos mirar las cosas de nuestros soldados como si fuesen nuestras cosas.

Su trabajo es nuestro trabajo, su sufrimiento es nuestro sufrimiento, su combate es nuestro combate, su victoria nuestra victoria, su triunfo nuestro triunfo.

Déseles cuanto necesiten pues al soldado que da su vida por la patria no se le puede dar nada que equipare su oferta, pues más vale una vida que cuanto nosotros le demos. Anímesele y apláudasele, y compadézcasele, y miresele como hermano que está arreglando un pleito de los más difíciles de la familia. Hónresele como merece ser honrado un soldado que cumple su obligación, y representa su patria. El que no lo aprecia, el que lo deshonra, nos deshonra.

Recemos por los vivos, para que vivan y luchen y se salven de los innumerables peligros que los rodean.

Recemos por los muertos para que reciban el galardón de sus sacrificios.

Remigio Vilarino, S. J.

BIBLIOGRAFIA

La BIBLIOTECA «PATRIA», de tan honrosos antecedentes literarios, acaba de enriquecer su colección con un nuevo libro de singulares méritos. Titúlase *Quisicosillas* y es debido á la galana pluma del ilustre académico D. Francisco Rodríguez Marin

Leyendo las narraciones de *Las botas de Wellington*, *Justicia distributiva* y *El nuevo bronce de Osuna* se encuentra el lector ante verdaderas joyas artísticas. Son de oro de ley, con muchos quilates. Una burla sin malicia retoza en esas páginas, y la pluma ha hecho filigranas de estilo sobrio, claro, limpio, sencillamente elegante. Agradecemos el ejemplar.

Pidase en todas las librerías de España y América al precio de UNA peseta.

Correspondencia administrativa

Sr D. J. V.—La Magdalena.—Pagó hasta fin Septiembre 1.911

Sra. D.^a C. Ll.—Poo.—Id. id. id.

Sr. D. A. V.—Villabragima.—Recibida carta y tomado nota.

Sr. D. A. A. C.—Fano.—Pagó hasta fin de 1.910.

IMPRENTA DE L. SANGENÍS
GIJÓN